REPERTORIO AMERICANO

DECENARIO DE LOS INTERESES CONTINENTALES
Editor: J. GARCÍA MONGE.

VOL. II | SAN JOSÉ DE COSTA RICA, MIÉRCOLES 20 DE JULIO DE 1921 | Nº 26

Una carta ejemplar de Rodó

Considere la juventud que llega las enseñanzas en ella contenidas

Montevideo, 2 de agosto de 1904.

Señor F. García Calderón Rey

Muy estimado amigo:

ALGO sabrá Ud. de la guerra civil que nos preocupa y aflige, y esto habrá anticipado para Ud. mis excusas por mi tardanza en contestarle.

Yo entré a la vida política pensando como Ud., en cuanto a la necesidad o conveniencia de que los hombres de pensamiento, o de aficiones intelectuales, entraran a romper lanzas en la arena política, tal como es en estas tierras de América, confiando en que su participación contribuiría a sanear y perfecionar las costumbres, a templar odios y a echar los fundamentos de una vida mejor. Pero me voy desengañando de que ése sea el camino porque debamos principalmente propender a influir en la vida real de nuestras sociedades. Quizá debamos remontar la mirada, y preparar el terreno de una política más culta, y sana, y mejor, por medios que no sean los de la participación militante en las luchas políticas actuales, dadas las condiciones en que están ellas planteadas.

Es claro que nada de esto significa que yo renuncie al ideal de cultura armónica y de vida *integral* que en «Ariel» propuse a mi manera, y que sigo creyendo fundamental y necesario. Seamos ciudadanos siempre, y demos alguna vuelta por el Ágora; pero no empleemos preferentemente en la política la fuerza y la atención de nuestro espíritu, que pueden ser mucho más eficaces para bien de nuestros pueblos si las consagramos a *civilizar* y *educar* desde el libro, la cátedra, la prensa, el taller artístico o industrial, etc. En cuanto a mí, ya he hecho propósito de volver a mi retiro, no bien termine mi período parlamentario, y creo que haré cosa de más fuste difundiendo ideas por medio del libro y del periódico; aunque estos votos de abstención política —lo sé— suelen quebrantarse cuando uno menos piensa. De mi actuación parlamentaria me quedará la satisfacción de haber propendido siempre al bien de mi país. Ella me ha proporcionado, además, la ventaja de ejercitarme en la oratoria, que es género que nunca me había halagado, y dicen que no lo he hecho del todo mal.



RODÓ, visto por Ríos

(Nosotros, Buenos Aires).

Pero mi Durandaina será la pluma. Con ella lidiaré siempre. En los puntos de la pluma está mi verdadero «yo» intelectual. ¡Y cuánto hay que hacer en nuestra América por medio de la pluma, así en materia literaria como en la propaganda de ideas morales y sociales!

Yo tengo fe en la juventud que *llega*. Y como en nuestras evoluciones y rumbos literarios seguimos dócilmente la pauta que nos impone Europa, —singularmente la civilizadora y prestigiosísima Francia,— tengo motivo para creer que pronto un movimiento literario serio y bien orientado, rico en ideas, ha de producirse en nuestra América, como vengo deseándolo desde hace tiempo y predicándolo a mi modo; porque en Francia, muerto y enterrado el decadentismo (que deja de su paso algunas cosas buenas, y mucho cintajo ridículo y polvo y broza que se lleva el viento) las tendencias que alborean parecen ir en el sentido de la fueza, de la vida, de la labor fecunda y viril del pensamiento. Este ejemplo, más que toda prédica, es lo que en nuestros pueblos será oportuno y eficaz.

Por eso yo veo con singular placer los comienzos literarios de Ud., que tanto promete en ese sentido; y así se lo manifesté ha poco a Miguel de Unamuno, en carta donde le hablaba de usted. Unamuno, en su respuesta, me dice que espera su libro para hablar de él.

Yo, quizá antes de fin de año, podré dar mi *Proteo*, que haré imprimir en Europa. Mi modo de producir, sobre que Ud. me pregunta, es caprichoso y desordenado en los comienzos de la obra. Empiezo por escribir fragmentos dispersos de ella, en el orden en que se me ocurren, saltando quizá de lo que será el fin a lo que será el principio, y de esto a lo que irá en el medio; y luego todo lo relaciono y disciplino. Entonces el orden y el método

recobran sus fueros, y someto la variedad a la unidad. Al principio no veo claro el plan y desenvolvimiento de la obra. Encaro la idea de ella por la faz que primero se me presenta, y mientras voy escribiendo, el plan se va haciendo en mí. Son así simultáneas la concepción del plan y la ejecución. Para la forma soy descontentadizo y obstinado. Percibo muy intensamente el *ritmo* de la prosa, y procuro obtenerlo. *Escribo mentalmente* casi sin cesar, aun en la calle, aun en la mesa. Mis borradores suelen ser un montón de girones de papel, de toda forma, especie y tamaño. No tengo, para excitar la fantasía, un gato a quien pasar la mano, como se cuenta de un autor célebre; pero aseguro a Ud. que casi no puedo escribir de seguida sin tener a mi alcance un diario, periódico, o libro, que de vez en cuando tomo para palparlo, para *estrujarlo* (y así he echado a perder muchos inocentes volúmenes) y hasta para aspirar su aroma, si es impreso nuevo, el incomparable aroma del papel y la tinta.

Pero basta de puerilidades.

De su país recibí hace pocos días unos cuentos de Clemente Palma, verdaderamente preciosos.

¿Se produce, se escribe mucho?

Espero noticias de Ud. y me complazco en repetirme su affmo. amigo,

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Del *Epistolario* de Rodó, publicado hace poco por el diligente literato D. Hugo de Barbagelata en su cada vez más interesante Biblioteca LATINO-AMERICANA.

CARABOBO

(NARRACION HISTORICA)

POR RICARDO J. ALFARO

EL CAMPO DE BATALLA

EN la región central de la hermosa tierra venezolana, al Sur de la ciudad de Valencia, se encuentra una plácida llanura asentada sobre uno de los contrafuertes orientales de la cordillera de los Andes. Limítala por el Occidente un bosquecillo poco espeso que rompe con su fresco verdor la monotonía de la grama extendida sobre la planicie como las aguas de un mar tranquilo. Al Oriente, el río Paíto desliza suavemente sus ondas rumorosas. Por el Sur, una cintura de colinas forma el límite del llano. Dos caminos reales parten de su centro: el de la izquierda conduce al Pao; el de la derecha va a San Carlos. Estas dos poblaciones forman la base de un triángulo equilátero en cuyo vértice se encuentra la de Tinaquillo, al Sur de la altiplanicie. Entrase a ésta desde allí por un desfiladero estrecho y fragoso dominado por el cerro de Buenavista, eminencia desde cuya cumbre se disfruta la contemplación de un paisaje encantador. También da acceso a la llanura una vereda aun más angosta y escarpada que arranca a la izquierda del camino real de San Carlos y sigue por la cima de un pequeño collado para salir a una abertura estrecha situada al Poniente, y bordeada de cerros que la dominan. Esta plácida llanura donde la imaginación se siente invitada a evocar tan sólo el suave ondular de las gramíneas, el mugir del ganado, la canción con que el campesino alegra sus faenas agrícolas; esta pradera risueña donde el cielo es azul, fértil la tierra, benigno el clima y donde la naturaleza toda parece cantar un himno a la vida, fué hace un siglo teatro de muerte y de destrucción; su suelo se empapó en sangre y trepidó bajo el peso marcial de once mil combatientes: es la llanura de Carabobo, donde Simón Bolívar ganó el 24 de Junio de 1821 la batalla legendaria que consagró la emancipación política de Venezuela.

LA SITUACIÓN ANTERIOR A CARABOBO

A principios de 1821 la situación de los patriotas era de ansiosa espectativa. España y Colombia debían ajustar la paz o llevar a cabo el duelo final que decidiese la suerte de Venezuela. Cimentada en Boyacá la libertad de Cundinamarca, era preciso para el afianzamiento de Colombia destruír los fuertes núcleos realistas que mantenían enhiesto en Venezuela el pabellón de la monarquía.

La paz, una paz fundada en el reconocimiento de la Independencia era el anhelo de los que por ella venían luchando hacía diez años. Los españoles también deseaban la paz, pero dándole como base la sumisión a Fernando VII. No fué posible el avenimiento definitivo, pero se había logrado celebrar un armisticio en noviembre de 1820, sellado por el Libertador y por Morillo en el histórico abrazo de Santa Ana.

La situación militar era distinta a la de los primeros años de la revolución. No peleaban ya únicamente partidas o montoneras. Subsistían las guerrillas, pero tan sólo como auxiliares de los grandes núcleos centrales. Verdaderos ejércitos sostenían las dos causas beligerantes. La lucha armada se había regularizado y engrandecido. También se había hecho más humana. Las atrocidades de la guerra a muerte quedaban reemplazadas por los actos caballerescos del armisticio. Realistas y republicanos habían empeñado su honor en hacer la guerra conforme a los usos y costumbres propias de naciones civilizadas.

Habíase pactado una tregua de seis meses, sujeta a rompimiento mediante aviso anticipado de cuarenta días. Las penalidades del Ejército movieron al Libertador a romper el armisticio. La inacción le era perjudicial. Había dificultad en encontrar víveres adecuados para la tropa. Cundían las enfermedades entre ellas. La concentración de las grandes masas que componían el ejército creaba problemas conocidos antes en muy reducida escala. Los cuarteles se despoblaban. Los hospitales se multiplicaban. «No podemos quedar en la inacción porque moriríamos de hambre y de peste», decía Bolívar a don Fernando Peñalver. Y en carta dirigida al general español La Torre, agregaba: «Entre el éxito dudoso de una campaña y el sacrificio cierto de nuestro ejército por la peste y el hambre, no se puede vacilar».

Bolívar decidió romper el armisticio y para ello hizo Latorre la notificación anticipada de cuarenta días. Las hostilidades, en tal virtud, debían comenzar el 28 de Abril. Los campeones se apercibieron para el gran encuentro definitivo.

BOLÍVAR, GENIO DE LA ACCIÓN

EL Libertador desplegó actividad inusitada en la organización de la campaña de 1821. Desde el cuartel general de Trujillo, donde se hallaba al tiempo de declararse el rompimiento del armisticio, multiplicaba órdenes, expedía proclamas, recibía partes militares, despachaba su correspondencia civil. El aprovisionamiento de las grandes masas que esperaba reunir le inspiraba interés primordial. Ordenaba a Páez empotrerar reses en las márgenes del Apure. Despachó comisiones a cargo de Gómez y Guerrero, para traer reses y caballos al ejército de su mando. Cedeño y Rosales debían también recoger ganado, conducir y distribuir vestuarios, frazadas, calzados para los diferentes cuerpos de operaciones. Expedía patentes de corso para hostilizar de ese modo los trasportes marítimos de España. Sostenía activo y eficaz servicio de espionaje para conocer los movimientos del enemigo y mantenía expeditas sus comunicaciones con los diferentes comandos.

No había detalle que escapase al genio ejecutivo de Bolívar. Daba instrucciones minuciosas acerca de la manera de coger, conducir, atar, encerrar, alimentar, vigilar y beneficiar el ganado, a fin de evitar las escapadas, de obtener mayores rendimientos, de lograr la más grande economía. Proveía todo lo relativo al trasporte de los fusiles, la pólvora, el plomo, el calibre de las balas, la fabricación de los cartuchos, su almacenaje y su distribución. Si faltaban zapatos, indicaba en qué lugares podrían conseguirse alpargatas. Si escaseaban ciertos víveres, indicaba cuáles podían reemplazarlos. Recomendaba las medidas de precaución que debían adoptarse para impedir las deserciones, tan frecuentes en las tropas colecticias. Sugería medios para evitar las estampías nocturnas de los caballos o su pérdida por negligencia de oficiales y soldados. Anotaba y comunicaba las faltas en que habían incurrido los jefes a quienes encargaba alguna comisión. Establecía los itinerarios de las columnas y guerrillas que ordenaba movilizar, pormenorizando los caminos que debían seguir e informando sobre su estado y condiciones. Indicaba los pasos por los cuales debían vadear los ríos. Le preocupaba hasta el modo de mover sus fuerzas. En carta para Páez, y con referencia al avance de Plaza, decía: «Sus marchas son lentas porque así se hace concebir al enemigo que son dobles nuestras fuerzas». A unos ordenaba: «Vaya volando». A otros recalcaba su interés en que no hiciesen marchas forzadas. Ponía cuidado en que no se fatigasen innecesariamente las tropas ni sus cabalgaduras. Exponía las emergencias que podían ocurrir como consecuencia de cada orden y daba las instrucciones correspondientes a cada contingencia posible. A pesar de las distancias inmensas, de las selvas impenetrables, de los ríos caudalosos y traidores, de las guerrillas enemigas, de todos los obstáculos que le oponían la naturaleza y los hombres, Bolívar se mantenía en contacto palpitante con todos los núcleos patriotas y dictaba sus medidas de guerra como un gran capitán que todo lo piensa, todo lo prevee, todo lo sabe y lo que no sabe lo adivina.

El plan de campaña

Los grandes núcleos del poder español en Venezuela eran dos: el ejército de Latorre, concentrado en los llanos de San Carlos y las divisiones de Morales, que operaban en las inmediaciones de Calabozo. Con estas fuerzas los realistas poseían a Caracas y dominaban la región septentrional y central de Venezuela y la costa marítima desde Coro hasta Cumaná. Eran por todo algo más de 10,000 soldados, veteranos en su casi totalidad, europeos en muy crecido número.

Estas eran las fuerzas que Bolívar debía destruir. Para lograrlo puso en ejecución su plan de campaña: converger hacia Caracas, procurando mantener divididas las fuerzas de Morales de las del Mariscal Latorre. Bermúdez, bajo las órdenes inmediatas de Soublette, debía operar por los valles de Barlovento. Urdaneta amenazaría el flanco derecho del enemigo, con Maracaibo como base de operaciones. Bolívar atacaría por el Sur, uniendo al suyo los ejércitos de Páez y de Urdaneta.

Como consecuencia de ese plan el Occidente de Venezuela quedaba todo invadido por los patriotas desde San Fernando de Apure hasta Coro. Cruz Carrillo con una columna de mil infantes, amenazaría a Valencia y despejaría el camino para facilitar el avance de Urdaneta entre San Felipe y el Tocuyo. Temibles guerrilleros mantendrían constantemente acosadas y distraídas las fuerzas realistas: Remigio Ramos, Reyes Vargas, Juan Gómez, el célebre Padre Torrellas. Por el Oriente Zaraza cooperando con Bermúdez debía hostilizar a Morales para impedir su junción con Latorre. Monagas apoyaría esta operación con su caballería. El ejército republicano ejercería presión simultánea por todas partes. El círculo de hierro y fuego debía estrecharse entre el Levante y el Poniente, avanzar hacia el Norte, llegar al mar. Si Latorre no lograba contrarrestar la formidable presión circundante, sería arrojado hacia Valencia y Puerto Cabello y allí sería sitiado y destruido.

Al romperse el armisticio de Trujillo, Latorre extendía sus líneas hasta Araure, Ospino y Guanare. Morales había logrado salvar la corta distancia que le separaba de Latorre desde Calabozo y había concentrado su caballería en el Pao y su infantería entre el Tinaco y San Carlos. Bolívar inició los éxitos republicanos con la acción de Boconó. Un escuadrón de dragones practicó un reconocimiento sobre esa población y hallando allí un destacamento de húsares españoles, lo batió completamente. Gómez, el jefe republicano, trajo como trofeos de su victoria algunos prisioneros, caballos aparejados, carabinas y lanzas.

La escaramuza de Boconó produjo la evacuación de Guanare por la 5ª división española, que se replegó sobre San Carlos, hostigada al mismo tiempo por Remigio Ramos, quien operaba entre Mijagual y Guanarito. El Libertador se movió entonces hacia el Norte. Ocupó sucesivamente a Ospino, Guanare, Araure y San Carlos, donde entró el 2 de junio. Al primer éxito de Boconó sucedieron otros. El 31 de mayo Plaza sorprendió una avanzada del escuadrón *Baqueanos* en el pueblo de San José, la dispersó completamente y logró apoderarse del centenar de caballos que la componían y de algunos prisioneros. Dos días después hizo Cedeño nueva incursión en la descubierta enemiga con ciento cincuenta dragones. Los realistas huyeron con tal prisa que por espacio de doce leguas no hicieron un alto, acosados de cerca por los lanceros republicanos, que les tomaron un número de prisioneros igual al de su propio efectivo. Latorre decidió concentrar sus fuerzas en la llanura de Carabobo y aceptar allí el combate definitivo que buscaba Bolívar.

Movimientos preliminares

Páez efectuó con toda felicidad el 9 de junio la junción de sus fuerzas con las del Libertador. Mandaba 1000 soldados de infantería y 1500 de caballería, su arma favorita. Traía además 2000 caballos para la remonta del ejército, y 4000 reses para su subsistencia. Bolívar, reforzado así por la división de Apure, disponía de 6000 hombres de todas armas y se consideró capacitado para batir a Latorre, sin esperar la llegada de Urdaneta. Sus fuerzas eran superiores a las del enemigo. En el campo realista, las deserciones, las enfermedades, la falta de víveres para la tropa, de forrajes para la caballería, habían mermado las filas de modo espantable. Por otra parte, las operaciones de Carrillo, que amenazaba constantemente el flanco derecho de Latorre, y las de Bermúdez por el flanco izquierdo, le obligaron a distraer parte considerable de sus fuerzas. Sólo podía oponer a Bolívar algo más de 5000 hombres: infantería europea de primer orden; caballería criolla, compuesta en su mayor parte de llaneros que habían militado con Yañez y con Boves.

Resuelto Bolívar a caer desde San Carlos sobre su adversario fortificado en Carabobo, no tenía otra alternativa que la de forzar la entrada al llano por medio de una ofensiva resuelta. Latorre ocupaba posiciones desde las cuales dominaba los dos desfiladeros que permitían el acceso a la llanura. Sus destacamentos de observación avanzaban hasta el pueblo de Tinaquillo, situado sobre el camino real de San Carlos, de manera que el jefe español estaba en capacidad de conocer con ventajosa anticipación los movimientos de Bolívar. Era menester destruir aquella fuente de información. El Libertador dió el encargo a Laurencio Silva, el húsar de la lanza invicta. Silva ejecuta entonces proeza digna de su fama. Avanza sobre Tinaquillo; sorprende la descubierta española; cae sobre ella con el ímpetu de un alud; da muerte a su comandante y a cuatro jinetes más; otros quedan heridos; los demás, sobrecogidos de pavor ante aquel ataque repentino y mortífero, quedan prisioneros. Uno solo de los exploradores pudo regresar fugitivo a su campamento. El efecto moral de esta escaramuza fué tan grande, que Latorre incurrió en el error inexplicable de evacuar el cerro de Buenavista, desde donde dominaba el desfiladero que conducía a Carabobo. Se replegó sobre las pequeñas colinas que cerraban el camino más al Norte.

La situación del ejército republicano mejoró sensiblemente.

LOS PALADINES

EL 23 de junio el ejército de Bolívar estaba acampado en la sabana de Tinaquillo. Era la flor y nata de los bravos de Colombia: veteranos granadinos, llaneros venezolanos, voluntarios ingleses, oficiales de primer orden, jefes que eran la encarnación de las glorias patrias.

Tres divisiones de infantería y diversos cuerpos de caballería componían el Ejército. Formaban la primera el batallón *Bravos de Apure*, la *Legión Británica* y mil quinientos jinetes distribuídos en ocho escuadrones. Mandaba estas fuerzas Páez, el Aquiles americano, el héroe de los combates fabulosos y las hazañas legendarias que sólo han menester la pátina de los siglos para asumir ante la humanidad las proporciones gigantescas de los personajes de la Ilíada.

La segunda división estaba bajo el mando del benemérito Manuel Cedeño, centauro de la escuela de Páez, pundonoroso hasta el extremo, arrojado hasta la temeridad, cortejador de la muerte después de la victoria. Sus batallones eran el *Tiradores*, el *Boyacá* y el *Vargas*. Tenía además el *Escuadrón Sagrado*, cuerpo montado de oficiales de reserva, a cuya cabeza estaba el fogoso Aramendi.

La tercera división era la de reserva. Estaba a las órdenes del bizarro Ambrosio Plaza, rival de Cedeño por el denuedo inverosímil; su compañero en la inmortalidad sucumbiendo junto con él en el campo del honor. En esta división se hallaban los batallones *Granaderos de la Guardia*, *Rifles*, *Anzoátegui*, *Vencedor* y un cuerpo de caballería.

Y qué constelación de jefes y oficiales, la que Bolívar agrupaba en torno de sí, como digno cortejo de su grandeza! Además de Páez, de Cedeño y de Plaza, los tres astros de Carabobo, estaban allí Laurencio Silva, Hércules por la fuerza, Ayax por el ímpetu guerrero, cuyo corcel volaba como el huracán y cuya lanza hería como el rayo; Juan José Rondón, que en el campo glorioso de Boyacá, cuando la victoria estaba aún indecisa, había dicho: «Mal puede ganarse la batalla cuando yo todavía no he cargado». Bartolomé Salom, tan meritorio como modesto, tan justo como valiente, tan severo en el mandar como cumplido en el obedecer; Juan Farriar, el inglés imperturbable y sereno, firme ante la pujanza enemiga cual roble enhiesto ante la furia del vendabal; Juan Mellado, héroe de los más crudos combates, que ponía su punto de honra en que nadie marchase delante de él en el ataque; Lucas Carvajal, batallador insigne a quien más tarde cupo la honra de ser el primero en dar a Bolívar el parte del triunfo de Junín; Francisco Aramendi, que había compartido con Páez la gloria de sus más altas proezas; Rafael de las Heras, veterano impetuoso que venía guerreando desde los comienzos de la revolución; Juan Uslar, hidalgo hanoveriano, antiguo oficial de Wellington que había hecho con él la campaña de la Península y había peleado en Waterloo; Eduardo Brand, ascendido por el Libertador sobre el campo de Carabobo por actos sobresalientes de bravura y de pericia; Ignacio Pulido, que comandaba el batallón *Vencedor* y Arturo Sandes, que estaba a la cabeza del *Rifles*, el cuerpo mejor disciplinado de Colombia; Hermenegildo Múgica, llanero indomable, impávido en el peligro, temible en el acometer; Cornelio Muñoz, Comandante del *Escuadrón de honor* de Páez, y a quien Bolívar llamó «el valiente»; Antonio Rangel, de quien dijo el Libertador que «como siempre, hizo prodigios»; Juan Gómez, que mostraba en su lanza tinta en sangre, los estragos que hacían en las filas enemigas; Carlos Diego Mínchin, irlandés valeroso que desde la verde Erin había venido a luchar por la libertad de Colombia; Pedro León Torres, Comandante del batallón *Bravos de Apure*, que llegó a contar en su hoja de servicios cuarenta acciones de guerra; Manuel Manrique, que dos años después de Carabobo remataba el triunfo en Puerto Cabello y desde allí enviaba como trofeo al Vicepresidente Santander las llaves del Castillo de San Carlos; Cruz Paredes, que había recogido laureles en el suelo venezolano como los recogió después inmarcesibles en los campos de Quito y del Perú; Juan José Flores, más tarde General y Presidente de la República del Ecuador; Daniel Florencio O'Leary, militar insigne, escritor talentoso y ameno, a quien la Historia Americana debe el servicio inapreciable de sus *Memorias*. Y estaban también allí Briceño Méndez, el brillante Secretario del Libertador; sus lucidos Edecanes Ibarra, Ibáñez, Umaña; el guerrillero Remigio Ramos; los briosos comandantes Cala y Arguíndegui, y en fin, Emigdio Briceño, Vicente Piñeres, Ramón Acevedo y Enrique Weir, que llegaron todos a ser Generales. Una pléyade imponente de héroes. Nombrarlos a todos sería prolijo. Relatar sus méritos, imposible.

Qué hombres y qué tiempos! Cuando mi mente los evoca en conjunto, paréceme contemplar un Valhalla esplendoroso, donde Odín y Thor, reinando en la bélica hermosura de las Valkyrias, agasajan como a hijos predilectos a los bravos guerreros de la emancipación colombiana.

(Seguirá).

PARAFRASIS

(De unas prosas de RUBÉN COTO).

POR J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

I

Arriba el cielo es un jardín de estrellas
y abajo la laguna, es un espejo
donde palpitan ellas
—lágrimas de oro—en límpido reflejo.
De la laguna al borde, dos amantes.
El va diciendo, conmovidamente,
su amor, y sus palabras susurrantes
tienen lumbre de estrella. Dulcemente
ella posa la sien encantadora
sobre el hombro amoroso, y su pupila
se entretiene en la lumbre embriagadora
que tiembla en el azul de la tranquila
superficie del agua; y en la hilera
de puntos luminosos que encendía
una constelación, la compañera
detuvo su mirar, le parecía
que ellos eran, después de la amorosa
charla de los recuerdos afectivos,
como en página trunca, la borrosa
sucesión de unos puntos suspensivos...

II

En una humilde flor
de cardo punzador,
libó la abeja miel;
guardó la espina cruel
su encono, y en vez de él
pudo aquella llevar
su miel al colmenar.
Lo amargo del vivir
hizo de mi existir
un cardo punzador.
Dulce abeja de amor,
de mi oscuro dolor
guarda mi pecho fiel
para ti rica miel.

III

Estábamos los dos junto a un estante
de libros olvidados y dispersos,
y ella tomó al acaso, de entre todos,
uno forrado en cuero
que no pudimos entender; quién sabe
qué poeta extranjero
y en qué lengua confusa y misteriosa
volcó su corazón en ese verso!
Ella, impensadamente,
siguió pasando páginas. Los dedos
sujetaron de pronto una en que había
una estrofa ilustrada: un fragmento
de ventana, y sobre ella,
como sonrisa de un amor, un tiesto
coronado de flores, y en un ángulo
una tela de araña. Oh! el recuerdo!
en ella olvidado,
descolorido, había un ramo seco
atado por un lazo.
Tratamos ambos de entender el verso
que estaba ante nosotros, pero en vano;
¿qué pretendían significar aquellos
signos desconocidos?
De pronto, al contemplar el ramo seco
que quién sabe qué mano atara un día
para fijar la huella de un recuerdo,
pareció que aquel verso, traducido
por algún milagroso sentimiento,
iba entrando a nuestra alma
por la senda de luna de un ensueño.
Hablaron nuestros ojos,
nuestros labios se unieron,
y así unidos, al beso de dos almas,
pudimos descifrar todo el misterio
y toda la belleza que encerraba
el vaso de aquel verso
de extraño idioma y al que algunas manos
consagraron, en hora de contento,
las flores de un amor quizá olvidado
atadas con la cinta de un recuerdo.

Agosto, 1920.

ENTREVISTAS

Con el Licdo. José Vasconcelos

POR WENCESLAO BLASCO

Acababa yo de entrar en el despacho del Rector de la Universidad Nacional.

El señor Vasconcelos me invitó:

—Siéntese usted. Permítame que firme todas estas cartas. Es cuestión de cinco minutos.

Y mientras que don José Vasconcelos, sentado a su mesa de trabajo, leía atentamente y firmaba rápidamente las cartas que a su aprobación le sometía su secretario particular, escribía yo en mi cuaderno de notas: «Apuntes para una entrevista con Vasconcelos.—Muy conocido el licenciado Vasconcelos, no necesita de biografías.—Vive aislado de las humanas vanidades, consagrado a sus libros y a su rectoría.—A primera vista parece antipático.—Mas este juicio hay que rectificarlo cuando se le trata.—Es hombre afable, amigo de sus amigos y servicial.—Raro es el caso en este ambiente social que nos rodea, de envidias y odios.—Pensador profundo, filósofo, idealista.—Algo vivo de genio, sabe defender con certeza y a veces con violencia, lo que cree o lo que siente.—No tiene vicios, que yo sepa, y si los tiene allá él.—Su vicio son los libros, el estudio, el trabajo.—Su característica es la franqueza.—Viste con sencillez.—Como todos los hombres que viven de su trabajo, no se ocupa gran cosa de su persona.—Ya lo dijo un célebre escritor hispano: «Hay que ser o aristócrata o vago para tener tiempo de vestirse mucho.—Es más bien bajo que alto, y...»

—¡Bueno, ya me tiene usted a sus órdenes!—exclamó el licenciado Vasconcelos.—¡Acabé!

Dejé de tomar notas.

—Muchas gracias.

—Dígame lo que desea.

—Deseo que me conteste algunas preguntas para publicarlas en mis «Indiscreciones» del próximo domingo.

—Con mucho gusto. Pregunte usted cuanto quiera.

—¿Cree usted, doctor, que la ciencia llegue algún día a descubrir «algo», alguna substancia, alguna inyección hipodérmica, que nos haga invisibles a la luz del día? ¿Acaso le parezca absurda esta pregunta?

—No, nada de eso. La ciencia, amigo mío, no descubre y no puede descubrir más que juguetes de relativa utilidad. La ciencia es una sistematización de los conocimientos que obtenemos por medio de los sentidos; y los sentidos son la parte más torpe, la zona más limitada de nuestra naturaleza; de aquí que todo lo que es pura ciencia es por ello mismo limitación, pequeñez y, desde el punto de vista del espíritu, trivialidad. Los sentidos se redimen cuando contemplan la naturaleza a través del soplo del espíritu; entonces crean arte y se contagian de lo divino cuando analizan fríamente y catalogan, hacen ciencia y pueden entonces, guiados por el ingenio, descubrir leyes y descubrir curiosidades. La invisibilidad de los cuerpos duros no es un imposible y el descubrimiento de la manera de lograrla no tendría mayor importancia que la de otros descubrimientos similares; se descubrirían también maneras de hacer visible lo relativamente invisible y sucedería lo que sucede siempre con las cosas científicas que no salen de un círculo limitado de antemano por el alcance reducidísimo de la mera percepción sensorial y el poco menos, pero en realidad limitadísimo, alcance del juicio de la razón. Ni la percepción, ni la inteligencia atinan con el secreto del mundo. Sólo el juicio estético, la intuición de la belleza es en todos innato y clarividente. La verdad no se revela pensando, sino soñando.

—¿Y en la inmortalidad del alma cree usted?

—Sí señor. ¡Cómo no he de creer en la inmortalidad del alma! Es más, estoy seguro de ella. Y la cuestión de creer o no creer en la inmortalidad depende de cierta calidad íntima, de

cierta solidez del alma que se fortifica con la reflexión, pero no depende de la reflexión. Por mi parte opino, como los filósofos indostaneses, que la desaparición total del alma es un absurdo inconcebible y que su subsistencia, de alguna manera desconocida, es evidente.

—¿Qué proyectos tiene usted para el porvenir?

—Pienso ir a la India.

—¿Cuándo?

—Muy pronto.

—¿Y cuál es el objeto de ese viaje, licenciado?

—Recoger impresiones para escribir un libro sobre la unidad y la purificación de todas las religiones en el milagro del cristianismo.

—El tema es en extremo interesante...

—Así lo creo...

—Y este libro, a buen seguro que se lo discutirán muchísimo los intelectuales.

—Tal vez...

—Y dígame, licenciado, ¿cuál es a su juicio, el intelectual de más prestigio en México?

—No nos toca a los contemporáneos decir quién es el más notable; pero sí tengo fe en la obra que está realizando la generación nuestra.

—¿Y qué opina usted de la evolución social en estos últimos tiempos?

—Yo creo que la solución del problema social se encuentra única y exclusivamente en la doctrina de Cristo, aplicada rigurosamente, sin ciertas interpretaciones que comunmente hacen de ella las iglesias de todos los credos; y creo por lo mismo que la acumulación excesiva de riquezas en manos de una sola persona es un crimen que debiera ser prevenido y penado por las leyes.

—Profesa usted las ideas radicales...

—Indudablemente que sí!

—¿Y qué problema cree usted más interesante para la prosperidad de México?

—El problema más interesante para la prosperidad de México, es el problema espiritual, no lo dude usted. Se necesita que toda la Nación adquiera conciencia de que pertenece a una raza que está llamada a cumplir una misión sublime, la misión de restituir la vida a valores espirituales, la misión de ser antorcha, la misión de llenar el tiempo, y entonces verá usted, amigo mío, como México alcanza la prosperidad tan deseada por los verdaderos patriotas.

—¿Quiere usted decirme qué reformas piensa usted introducir en la Universidad Nacional?

—No lo sé, porque sólo la vida diaria dentro de la Institución va sugiriendo cambios y es más eficaz un nuevo criterio, un nuevo espíritu, que una serie preconcebida de reformas teóricas.

—¿Le da a usted mucho trabajo su cargo?

—Muchísimo.

—¿Y lo lleva usted con gusto?

—Con amor, diría yo.

—¿Qué es lo que más le preocupa ne la vida?



JOSE VASCONCELOS,
visto por GARCÍA CABRAL

(Excelsior, México, D. F).

—Aprovechar bien cada hora, para el logro de un plan general y absoluto.

—¿Y cómo quisiera usted terminar sus días?

—Permítame que no conteste esta pregunta. Temo que resulte cursi. Sí le diré, que no importa cómo se muere, sino cómo se vive.

—¿Y por quién se cambiaría usted?

—Aspiro a ser dueño de mí en la más completa de las formas y creo que ese mismo derecho tienen todos los seres. Detesto las categorías, es decir, no admito entre los hombres categorías sin diferencias.

—¿Quiere usted contarme alguna anécdota interesante, no conocida, de don Porfirio Díaz o de don Venustiano Carranza?

—Recuerdo pocas; y las que recuerdo carecen de interés para los lectores. Conozco en cambio muchas y sublimes de don Francisco I. Madero.

—¿Quiere usted referirme una?

—Las hay muy curiosas, pero contárselas en este instante requiriría mucho tiempo que por ahora no tengo. ¿Quiere usted venir otro día a esta misma hora? Le contaré cosas muy interesantes.

—Muy agradecido—asentí.

Daban las once de la mañana en un reloj vecino.

(Excelsior. México, D. F.)

A Sarah, la de Racine

POR AZORIN

SEÑORA: Recibid un respetuoso y cordial saludo de un apasionado amador de Francia. Al pensar—cuando comienzo a escribir estas cuartillas—que he de leerlas en vuestra presencia, experimento una profunda emoción. Habéis sido la más genial intérprete de Racine, y entre todos los poetas de vuestra patria, el autor delicado y violento de «Fedra», es quien se lleva mis preferencias. Yo imagino que todo un mundo poético va a entrar en la penumbra cuando desaparezcáis de la escena. ¡Figuras maravillosas de Andrómaca, de Fedra, de Atalía y de Berenice! Habéis dado con vuestro genio vida plena y pujante a esas grandes creaciones. Lentamente, como sombras que se van esfumando, irán desvaneciéndose en la lejanía. Otra gran artista de la escena habrá de reanimarlas...

Amáis, señora, nuestra España. Permitid que dirija la mirada hacia vuestro bello país. El culto del espíritu ha hecho a ese gran pueblo. Francia es grande en el mundo por su delicada y noble espiritualidad. Pascal ha expresado la angustia de lo infinito, y Racine ha llegado a la más alta cumbre de lo trágico en la pasión. Citaba yo hace un momento algunos de los personajes creados por el gran poeta. Dad licencia a un extranjero para que imagine que la figura que más bella y hondamente encarna vuestro genio, el genio de vuestro pueblo y el genio de vuestra raza, no es la infortunada

Sarah Bernhardt en España



SARAH BERNHARDT, vista por BAGARIA

Fedra, pálida y titubeante, terriblemente trágica, sino Berenice, la delicada, la sensitiva, la que hace con palabras de suavidad inefable apasionarse ardientemente a Tito y amar con secreta desesperanza a Antíoco. No ocurre nada en ese drama, y se desliza, sin embargo, a lo largo de sus cinco actos, el conflicto más formidable. El *adiós* apacible, impregnado de melancolía, que al final se dan los tres protagonistas, es la más terrible tragedia.

Y ése, señora, es vuestro arte nacional; ése es vuestro pueblo y ése es vuestro genio más alto. Tenéis la sonrisa amable y dulce frente a las más duras adversidades de la vida. Habéis demostrado recientemente, ante el mundo, que sabíais, frente a la angustia suprema, conservar inmarcesible la flor de la gracia y de la serena confianza. Os halláis, insigne actriz, en un pueblo hermano del vuestro. Nuestro paisaje es severo y noble. Nuestros hombres tienen la misma contextura de ese paisaje. Cuando Juan Racine, el maravilloso creador de «Berenice», fué cronista militar del gran Rey, cuenta que, al llegar el Monarca a Gante, se rindieron los españoles de la plaza, forzados por el hambre, y el gobernador, «viejo y barbudo», dijo a Luis XIV: «Vengo a entregar Gante a Vuestra Majestad. No tengo más «que decir».

La sobriedad de ese soldado, barbudo y viejo, es, señora, nuestra sobriedad. Habéis vencido nuestros corazones por la admiración y el afecto, y os los rendimos sin tener que añadir vanas palabras.

(Tomado de *El Sol*, Madrid).



La tristeza

POR A. CHEJOV

LA capital está envuelta en las penumbras vespertinas. La nieve cae lentamente en gruesos copos, gira alrededor de los faroles encendidos, se extiende, en fina, blanda capa, sobre los tejados, sobre los lomos de los caballos, sobre los hombros humanos, sobre los sombreros.

El cochero Yona está todo blanco, como un aparecido. Sentado en el pescante de su trineo, encorvado el cuerpo cuanto puede estarlo un cuerpo humano, permanece inmóvil. Diríase que ni un alud de nieve que le cayese encima le sacaría de su quietud.

Su caballo está también blanco e inmóvil. Por su inmovilidad, por las líneas rígidas de su cuerpo, por la tiesura de palo de sus patas, parece, aun mirado de cerca, un caballo de dulce de los que se les compran a los chiquillos por un copec. Hállase sumido en sus reflexiones: un hombre o un caballo, arrancados del trabajo campestre y lanzados al infierno de una gran ciudad, como Yona y su caballo, están siempre entregados a tristes pensamientos. Es demasiado grande la diferencia entre la apacible vida rústica y la vida agitada, toda ruido y angustia, de las ciudades relumbrantes de luces.

Hace mucho tiempo que Yona y su caballo permanecen inmóviles. Han salido a la calle antes de almorzar; pero Yona no ha ganado nada.

Las sombras se van adensando. La luz de los faroles se va haciendo más intensa, más brillante. El ruido aumenta.

—¡Cochero!—oye de pronto Yona.—¡Llévame a Viborgskaya!

Yona se estremece. Al través de las pestañas cubiertas de nieve ve a un militar con impermeable.

—¿Oyes? ¡A Viborgskaya! ¿Estás dormido?

Yona le da un latigazo al caballo, que se sacude la nieve del lomo. El militar toma asiento en el trineo. El cochero arrea al caballo, estira el cuello como un cisne y agita el látigo. El caballo también estira el cuello, levanta las patas, y, sin apresurarse, se pone en marcha.

—¡Ten cuidado!—grita otro cochero invisible, con cólera—. ¡Nos vas a atropellar, imbécil! ¡A la derecha!

—¡Vaya un cochero!—dice el militar—. ¡A la derecha!

Siguen oyéndose los juramentos del cochero invisible. Un transeunte que tropieza con el caballo de Yona gruñe amenazador. Yona, confuso, avergonzado, descarga algunos latigazos sobre el lomo del caballo. Parece aturdido, atontado, y mira alrededor como si acabase de despertarse de un sueño profundo.

—¡Se diría que todo el mundo ha organizado una conspiración contra ti—dice con tono irónico el militar—. Todos procuran fastidiarte, meterse entre las patas de tu caballo. ¡Una verdadera conspiración!

Yona vuelve la cabeza y abre la boca. Se ve que quiere decir algo; pero sus labios están como paralizados, y no puede pronunciar una palabra.

El cliente advierte sus esfuerzos y pregunta:

—¿Qué hay?

Yona hace un nuevo esfuerzo y contesta con voz ahogada:

—Ya ve usted, señor... He perdido a mi hijo... Murió la semana pasada...

—¿De veras?... ¿Y de qué murió?

Yona, alentado por esta pregunta, se vuelve aún más hacia el cliente y dice:

—No lo sé... De una de tantas enfermedades... Ha estado tres meses en el hospital y a la postre... Dios que lo ha querido.

—¡A la derecha!—oyóse de nuevo gritar furiosamente—. ¡Parece que estás ciego, imbécil!

—¡A ver!—dice el militar—. Ve un poco más aprisa. A este paso no llegaremos nunca. ¡Dale algún latigazo al caballo!

Yona estira de nuevo el cuello como un cisne, se levanta un poco, y de un modo torpe, pesado, agita el látigo.

Se vuelve repetidas veces hacia su cliente, deseoso de seguir la conversación; pero el otro ha cerrado los ojos y no parece dispuesto a escucharle.

Por fin, llegan a Viborgskaya. El cochero se detiene ante la casa indicada; el cliente se apea. Yona vuelve a quedarse solo con su caballo. Se estaciona ante una taberna y espera, sentado en el pescante, encorvado, inmóvil. De nuevo la nieve cubre su cuerpo y envuelve en un blanco cendal caballo y trineo.

Una hora, dos... ¡Nadie! ¡Ni un cliente!

Mas he aquí que Yona torna a estremecerse: ve detenerse ante él a tres jóvenes. Dos son altos, delgados; el tercero, bajo y chepudo.

—¡Cochero, llévanos al puesto de policía! ¡Veinte copecs por los tres!

Yona coge las riendas, se endereza. Veinte copecs es demasiado poco; pero, no obstante, acepta; lo que a él le importa es tener clientes.

Los tres jóvenes, tropezando y jurando, se acercan al trineo. Como sólo hay dos asientos, discuten largamente cuál de los tres ha de ir de pie. Por fin se decide que vaya de pie el jorobado.

—¡Bueno; en marcha!—le grita el jorobado a Yona, colocándose a su espalda—. ¡Qué gorro llevas, muchacho! Me apuesto cualquier cosa a que en toda la capital no se puede encontrar un gorro más feo...

—¡El señor está de buen humor!—dice Yona con risa forzada—. Mi gorro...

—¡Bueno, bueno! Arrea un poco a tu caballo. A este paso no llegaremos nunca. Si no andas más aprisa te administraré unos cuantos sopapos.

—Me duele la cabeza—dice uno de los jóvenes—. Ayer, yo y Vaska nos bebimos en casa de Dukmasov cuatro botellas de caña.

—¡Eso no es verdad!—responde el otro—. Eres un embustero, amigo, y sabes que nadie te cree.

—¡Palabra de honor!

—¡Oh, tu honor! No daría por él ni un céntimo.

Yona, deseoso de entablar conversación, vuelve la cabeza, y, enseñando los dientes, ríe atipladamente.

—¡Ji, ji, ji!... ¡Qué buen humor!

—¡Vamos, vejestorio!—grita enojado el chepudo—. ¿Quieres ir más a prisa o no? Dale de firme al gandul de tu caballo. ¡Qué diablo!

Yona agita su látigo, agita las manos, agita todo el cuerpo. A pesar de todo, está contento; no está solo. Le riñen, le insultan; pero, al menos, oye voces humanas. Los jóvenes gritan, juran, hablan de mujeres. En un momento que se le antoja oportuno, Yona se vuelve de nuevo hacia los clientes y dice:

—Y yo, señores, acabo de perder a mi hijo. Murió la semana pasada...

—¡Todos nos hemos de morir!—contesta el chepudo—. ¿Pero quieres ir más aprisa? ¡Esto es insoportable! Prefiero ir a pie.

—Si quieres que vaya más aprisa dale un sopapo—le aconseja uno de sus camaradas.

—¿Oyes, viejo estafermo?—grita el chepudo—. Te la vas a ganar si esto continúa.

Y, hablando así, le da un puñetazo en la espalda.

—¡Ji, ji, ji!—ríe, sin gana, Yona—. ¡Dios les conserve el buen humor, señores!

—Cochero, ¿eres casado?—pregunta uno de los clientes.

—¿Yo? ¡Ji, ji, ji! ¡Qué señores más alegres! No, no tengo a nadie... Sólo me espera la sepultura... Mi hijo ha muerto; pero a mí la muerte no me quiere. Se ha equivocado, y en lugar de cargar conmigo ha cargado con mi hijo.

Y vuelve de nuevo la cabeza para contar cómo ha muerto su hijo; pero en este momento el chepudo, lanzando un suspiro de satisfacción, exclama:

—¡Por fin, hemos llegado!

Yona recibe los veinte copecs convenidos y los clientes se apean. Les sigue con los ojos hasta que desaparecen en un portal.

Torna a quedarse solo con su ca-

ballo. La tristeza invade de nuevo, más dura, más cruel, su fatigado corazón. Observa a la multitud que pasa por la calle, como buscando entre los miles de transeuntes alguien que quiera escucharle. Pero la gente parece tener prisa y pasa sin fijarse en él.

Su tristeza a cada momento es más intensa. Enorme, infinita, si pudiera salir de su pecho inundaría el mundo entero.

Yona ve a un portero que se asoma a la puerta con un paquete y trata de entablar con él conversación.

—¿Qué hora es?—le pregunta, melifluo.

—Van a dar las diez—contesta el otro—. Aléjese un poco: no debe usted permanecer delante de la puerta.

Yona avanza un poco, se encorva de nuevo y se sume en sus tristes pensamientos. Se ha convencido de que es inútil dirigirse a la gente.

Pasa otra hora. Se siente muy mal y decide retirarse. Se yergue, agita el látigo.

—No puedo más—murmura- . Hay que irse a acostar.

El caballo, como si hubiera entendido las palabras de su viejo amo, emprende un presuroso trote.

Una hora después Yona está en su casa, es decir, en una vasta y sucia habitación, donde, acostados en el suelo o en bancos, duermen docenas de cocheros. La atmósfera es pesada, irrespirable. Suenan ronquidos.

Yona se arrepiente de haber vuelto tan pronto. Además, no ha ganado casi nada. Quizá por eso—piensa—se siente tan desgraciado.

En un rincón, un joven cochero se incorpora. Se rasca el seno y la cabeza y busca algo con la mirada.

—¿Quieres beber?—le pregunta Yona.

—Sí.

—Aquí tienes agua... He perdido a mi hijo... ¿Lo sabías?... La semana pasada, en el hospital... ¡Qué desgracia!

Pero sus palabras no han producido efecto alguno. El cochero no le ha hecho caso, se ha vuelto a acostar, se ha tapado la cabeza con la colcha y momentos después se le oye roncar.

Yona exhala un suspiro. Experimenta una necesidad imperiosa, irresistible, de hablar de su desgracia. Casi ha transcurrido una semana desde la muerte de su hijo; pero no ha tenido aún ocasión de hablar de ella con una persona de corazón. Quisiera hablar de ella largamente, contarla con todos sus detalles. Necesita referir cómo enfermó su hijo, lo que ha sufrido, las palabras que ha pronunciado al morir. Quisiera también referir cómo ha sido el entierro... Su difunto hijo ha dejado en la aldea una niña, de la que también quisiera hablar. ¡Tiene tantas cosas que contar! ¡Qué no daría él por encontrar alguien que se prestase a escucharle, sacudiendo compasivamente la cabeza, suspirando, compadeciéndole! Lo mejor sería contárselo todo a cualquier mujer de su aldea; a las mujeres, aunque sean tontas, les gusta eso, y basta decirles dos palabras para que viertan torrentes de lágrimas.

Yona decide ir a ver a su caballo. Se viste y sale a la cuadra.

El caballo, inmóvil, come heno.

—¿Comes?—le dice Yona, dándole palmaditas en el lomo—. ¿Qué se le va a hacer, muchacho? Como no hemos ganado para comprar avena hay que contentarse con heno... Soy ya demasiado viejo para ganar mucho... A decir verdad, yo no debía ya trabajar; mi hijo me hubiera reemplazado. Era un verdadero, un soberbio cochero; conocía su oficio como pocos. Desgraciadamente, ha muerto...

Tras una corta pausa, Yona continúa:

—Sí, amigo..., ha muerto... ¿Comprendes? Es como si tú tuvieras un hijo y se muriera... Naturalmente, sufrirías, ¿verdad?...

El caballo sigue comiendo heno, escucha a su viejo amo y exhala un aliento húmedo y cálido.

Yona, escuchado al cabo por un ser viviente, desahoga su corazón contándoselo todo.

(Colección Universal. Nos. 301 y 302. Traducción directa del ruso, por N. Tasin).

Opinión de Guillermo Valencia sobre candidaturas

Bogotá, 23 de mayo de 1921.—Guillermo Valencia.—Popayán.

Almorzando con nuestro amigo «el Oso» en el «Regina» convinimos en que le hiciera yo esta pregunta telegráfica:

¿Qué opina usted sobre candidaturas presidenciales?

JUAN BORDA ALCALÁ.

Belalcázar, mayo 24 de 1921.—Borda Alcalá.—Bogotá.

Mi opinión sobre candidaturas la pueden encontrar en Aulus Gelius, «De Cónsulis Electionibus», Cap. XXXI, 69, 7.

GUILLERMO VALENCIA.

QUIÉN podrá tener en esta culta ciudad el famoso libro del historiador romano que nosotros llamamos en romance Aulo Gelio, me dije yo para mi capote? La biblioteca de don Miguel Antonio Caro es cosa vedada a los curiosos. Mi amigo el doctor Perera es ido. Carlos José no supo a quien dejaba sus ricos y raros pergaminos. Argáez no tiene sino taburetes viejos. No conoce un libro antiguo. ¿A dónde concurrir en este dificultoso trance?

Pensando en estas cosas, salí de mi casa por toda la carrera 7ª meditabundo y cabizbajo, cuando de pronto al llegar a «La Nación», golpeé la tierra con el pie derecho y mascullé estas palabras: «¡Aguárdese, caracho!» Subí al carro del tranvía azul, que pasaba —con el azul tranvía bajo el ala—a la Biblioteca Nacional.

Entré al salón principal, en donde había considerable número de lectores, devorando los periódicos de la mañana. Con rápido andar, como acostumbro, atravesé la inmensa sala, hasta tropezar con la simpática figura de Dieguito. Con voz clara y sonrisa amable le dije:

—Aulus Gelius, estante 463-322.

Dieguito escribió en un papel el título del libro que yo necesitaba y lo pasó a uno de sus ayudantes. A los cinco minutos tenía yo en mis manos la obra de Aulo Gelio, pergamino en latín. Siguiendo la indicación del maestro Valencia, abrí por donde Dios manda, y comencé a leer aquella interesante y oportuna página de la historia de Roma. Al terminar, lancé una carcajada estrepitosa que llamó la atención a los concurrentes, algunos de los cuales se me acercaron por ver lo que allí estaba pasando.

—Nada—les dije. Estos autores latinos me divierten y me hacen reír, como observan ustedes.

Mis manos temblorosas (e.insomnes, ¿no es así Villeguitas?) no podían copiar en buena letra aquella graciosa y socarrona página, y resolví rogar a algún sujeto de los allí leyentes, que me dispensase ese favor. Tendí la vista, y en uno de los rincones alcancé a divisar a mi primo Leopoldo Borda y me fuí a él como una bala. Absorto

estaba leyendo el tercer tomo del Diccionario de Construcción y Régimen, de don Rufino J. Cuervo.

—Primo y amigo mío—le dije. Necesito un favor especial. Que me sirvas de copista.

—¿De qué te lo quieres tomar?—me respondió.

—Copero te hubiera dicho—repliquéle. Lo que necesito de ti es que me copies esta página de latín clásico. Yo te la dicto.

Y en una letra pastrana, de escribano público, Leopoldo comenzó a escribir lo que yo le iba dictando.

Terminada la obra, me eché a la calle con intenciones de llegar Gil Blas y escribir esto que ustedes van leyendo, con ánimo de poner, para mayor claridad, y en purísimo latín, la página de Gelio. Pero ocurrióseme que entre los lectores de este diario puede haber uno que otro que no domine aquella lengua como la suya propia. Lo mejor es una traducción, pero castiza, elegante y robusta. Me colé a casa de mi amigo Lope de Azuero y le rogué me tradujese aquello.

—¡Hombre, Juan!—díjome. Yo apenas alcanzo al latín bárbaro de la Iglesia. Pero si quieres una traducción fiel y correcta éntrate aquí al Colegio de los Jesuitas y pregunta por el Padre Raspátulas, que te la echa en un segundo.

Así lo hice. Y al encontrarme con su reverencia le hice una ídem, le manifesté el objeto de mi visita y le disparé el papel que Leopoldo había escrito.

—Con muchísimo gusto—me respondió, y después de echar una ligera ojeada por la página, comenzó a traducir de esta manera:

«Tratábase por aquel entonces de elegir Cónsul de Roma, y se disputaban los sufragios populares Rufo y Rufino. El primero había conquistado para el Imperio parte de la Tracia y las más ricas provincias de la Samodocea. Le apellidaban galo, no porque hubiese combatido en la Galia cisalpina, sino porque los soldados le comparaban con el gallo por la afición que demostró desde temprano por el culto de Venus, y porque solía mantener en los labios esta sentencia de Lupercio: «Omnia animalia tristis est post voluptas, etiam mullier gallumque». (Esto sí lo dejamos en latín, sonrió su reverencia).

Rufino era un Capitán de aventuras, cuya carrera comenzó en el puesto de capataz cuando se construía la vía Apia, bajo el reinado de Tiberio, entre Arcola y Sorrento.

Rufo se distinguía por su avaricia. Y como este nefando vicio ha sido odiado por mí, y como mis amigos me reprochasen el que yo hubiera aconsejado sufragar por él, vinieron a mi casa algunos de ellos el día en que comenzaron los comicios a increparme aquella conducta y a que yo les dijese en la intimidad de mi familia y en la hora suprema de la elección, por qué motivos debíamos preferir para Cónsul de Roma a Rufo y no a Rufino.

Entonces yo, vistiéndome la toga pretexta a toda prisa, y dirigiéndome con ellos al sagrado de mis dioses penates, alcé las manos e invocando a Júpiter Olímpico, volví hacia mis interlocutores y les dije de esta manera:

—Os suplico por Venus y por Marte, que sufraguéis por Rufo para Cónsul de Roma. Prefiero ser robado a ser vendido.

Al año siguiente Rufo era Cónsul».

Juan Borda Alcalá





Exploraciones Atmosféricas

POR WILLIS L. MOORE

(Viene del No anterior).

El brigadier William Mitchell, jefe del cuerpo de aviación, en una interesante conferencia pronunciada ante el Cosmos Club de Wáshington el 25 de mayo próximo pasado, habló de la necesidad de una activa cooperación de parte del meteorólogo para la formulación de mapas diarios del tiempo en las capas superiores, así como para el pronóstico de la dirección y fuerza del viento en las regiones superiores, donde viajes tan extensos han de ocurrir en el futuro. Los datos que necesita conocer el meteorólogo se relacionan únicamente con la presión, la temperatura y las nubes. Una vez que haya delineado estas condiciones en su verdadera posición geográfica, las indicaciones del barómetro obtenidas, supongamos, en cincuenta estaciones al este de las montañas Rocosas, tomadas a quince o veinte mil pies de elevación, que representa aproximadamente la mitad de la extensión entre ambas orillas de las tormentas ciclónicas, y trazadas en curvas isobáricas que conectan las estaciones de igual presión, sabrá con exactitud la dirección y velocidad del viento sin necesidad de ulterior información, ya que el peso de la gravedad hace que el viento cambie de la región donde el barómetro marca altas temperaturas y gran presión a la región donde la temperatura y presión del barómetro marcan intensidad menor. El hombre de ciencia sabe que el viento sopla con una velocidad exactamente proporcional a la diferencia de la presión. Tanto las zonas de baja presión o centros de tormenta, vastos sistemas de vientos que giran en espiral, disminuyendo su radio hacia lo alto, como el calórico, las nubes y la precipitación, están definitivamente marcados por las curvas barométricas, como lo está también la alta presión o sea las áreas frías, claras y permanentes donde están invertidas todas las condiciones de la baja presión, moviéndose el aire hacia abajo en la región central de la alta presión y hacia afuera a lo largo de la superficie terrestre, extendiendo su radio a compás de la superficie del globo. Los mapas de tiempo actuales están basados en registros barométricos corregidos en forma que indiquen las cifras que alcanzarían en caso que la ampolleta del barómetro estuviera exactamente al nivel del mar.

El objeto es diseñar, con ayuda de los aviadores que obtienen las observaciones, un mapa diario en el cual todos los barómetros indiquen las cifras a un nivel de cuatro millas sobre la superficie de la tierra, o corregir el registro en forma de que indique las cifras que hubiera marcado si los instrumentos se encontraran en el exacto nivel deseado. En seguida se establecen las gradientes horizontales de presión en el nivel elegido, y el mapa del tiempo está listo para ser interpretado por el diestro profeta. La cooperación del aviador y el meteorologista para estudiar la geografía del nuevo mundo del aire marcará una época de proyecciones tan trascendentales en la ciencia meteorológica como lo fué el descubrimiento del barómetro por Torricelli, y la revelación del principio del termómetro por Galileo, los cuales no fueron conocidos hasta que hubieron transcurrido veintitrés años después del desembarco de los peregrinos en Plymouth Rock. Así explora la mente del hombre las más ocultas profundidades de los misterios de la naturaleza, elevándose con cada una de sus conquistas a los dominios superiores de la existencia.

Mediante la comparación del nivel del mar y del alto nivel del mapa será posible establecer las gradientes verticales de presión y temperatura en toda la extensión de la zona de los ciclones y anticiclones, y discutir matemáticamente por primera vez el mecanismo de las tormentas, en forma tal que la predicción del tiempo se perfeccione desde la inseguridad hasta algo que se aproxime estrechamente a exactas deducciones científicas.

En porvenir no lejano, el Weather Bureau hará más pronósticos y advertencias sobre las tempestades para los buques del aire que para los del mar, pues que la navegación del aire representará una parte cada vez más importante en las actividades futuras del universo.

La ciencia está adquiriendo tal habilidad en el sometimiento de las fuerzas de la naturaleza a los deseos del hombre y en el desarrollo de los instrumentos mecánicos, que no es aventurado anticipar que dentro de un cuarto de siglo o quizá menos los seres humanos se encontrarán en el aire en cantidad tan numerosa como los insectos, permanecerán mayor tiempo en lo alto, y se lanzarán a elevaciones inmensamente mayores. Es conveniente, por lo tanto, saber algo de los nuevos descubrimientos de la ciencia en este nuevo mundo en que el hombre se ha lanzado.

Inmediatamente después que los Estados Unidos tomaron parte en la guerra mundial, el comité nacional consultor de aeronáutica publicó en forma detallada el resultado de las investigaciones llevadas a cabo en Mount Weather y las puso en manos de los aviadores beligerantes. Estos marinos del océano atmosférico utilizaron los conocimientos de los exploradores meteorológicos que les habían precedido con las cometas, globos y meteorógrafos de Mount Veather. El ejército del frente encontró preparado un capital de información útil acerca de regiones que poco tiempo antes eran enteramente desconocidas, y en las cuales debía empeñarse un combate mortal. Las condiciones encontradas por el mayor Schróeder estaban descritas en el informe del comité de aeronáutica, exactamente como el valeroso viajero del espacio las había descubierto. Los instrumentos llevados por los globos exploradores tenían penetrantes ojos científicos y registraban en cilindros de tiempo lo que veían. Cuando estallaban los globos, como sucedía finalmente a causa de la pérdida de densidad motivada por la elevación creciente, los instrumentos descendían suavemente a favor de paracaídas que se abrían en forma conveniente para moderar el rápido descenso. En esta publicación, los vientos, nubes, temperatura y otras condiciones estaban tabuladas y anotadas para cualquier nivel que verosímilmente pudieran alcanzar los combatientes. El piloto podía determinar de una ojeada a qué altura y en qué dirección cambiaría el viento conforme se elevaba el aparato, y recibía el prospecto aproximado de la velocidad que podía esperar.

Si los comités del congreso no me hubieran apoyado con las partidas necesarias para construir el observatorio de Mount Weather y llevar a cabo esta labor especial de investigación durante los diez años precedentes, no habría existido en la nación fuente alguna donde pudieran obtenerse tales datos, ni fuente alguna en cualquiera otra nación donde se encontrara una

serie tan completa de observaciones a gran altura.

Sabemos ahora que la temperatura disminuye rápidamente conforme se asciende—un grado más o menos por cada noventa metros—hasta que se llega a la extremidad del nivel de las tempestades, a siete millas de altura, donde se produce algo maravilloso: el termómetro no baja ya cuando se eleva el globo; se mantiene casi estacionario hasta donde han alcanzado las exploraciones, esto es, a una altura mayor de diecinueve millas.

A esta zona situada sobre las tempestades hemos dado el nombre de región isoterma (de temperatura igual). Su temperatura es de cincuenta y un grados bajo cero en todas partes, y cambia únicamente cosa de cuatro grados entre invierno y verano. Debemos suponer, por de contado, que al cabo la temperatura se extingue casi por completo cuando se llega a los espacios exteriores. Fuera de los límites de la temperatura de la atmósfera de la tierra—cesando de existir el oxígeno a treinta millas aproximadamente, el nitrógeno a cincuenta, y el hidrógeno y el helio a dos millas más o menos—existe obscuridad total aun al medio día, y muy escasa o ninguna temperatura: más de doscientos cuarenta y cinco grados bajo cero en la intensidad del frío.

Las observaciones revelan anomalías sorprendentes. A distancia de una milla y media de altura hay poca diferencia entre el medio día y la media noche, con la circunstancia de que el tiempo más frío de las veinticuatro horas se produce durante el día y no durante la noche, como sería la suposición más natural. Esto representa un dato muy importante para los aviadores o pilotos de globos. Como hemos dicho anteriormente, después de ascender apenas trescientos metros en el tiempo más ardiente de la mitad del verano, se encuentra que la temperatura atmosférica ha bajado en proporción de siete grados con relación a la de la superficie de la tierra. Casi a una braza de altura sobre las calles de las grandes ciudades del continente se encuentra atmósfera fresca y saludable cuando la humanidad está deshaciéndose y muriendo de calor a nivel del suelo. Sería de desear que varias torres de Eiffel en cada sanatorio dieran asilo a sus ocupantes a mayor altura que los más elevados rascacielos modernos: a quinientos o seiscientos metros de elevación.

A la altura de diez millas sería difícil escuchar la voz humana a causa de la tenuidad del medio de transmisión, y la sombra es más profunda aun durante las horas del mediodía. A treinta millas no hay ya oxígeno; la voz humana no podría hacerse oír en absoluto, y las estrellas brillan en medio de la obscuridad aun cuando el sol alumbra radiantemente abajo. El nitrógeno se acaba a la altura de cincuenta millas aproximadamente.

El viajero de las capas exteriores de la atmósfera puede llevar consigo oxígeno y fabricar el aire necesario, pudiendo aislarse también del frío de este nuevo mundo donde no encontrará un átomo de polvo y donde indudablemente no existen bacterias ni enfermedades. Allí no hay nubes que obscurezcan su visión, ni lluvias ni nieve. No ascenderá a menudo más allá de la región donde no existen átomos de polvo para diseminar y difundir parte de los rayos solares que le den luz o por lo menos una iluminación parcial. Más allá del nitrógeno sólo existen el hidrógeno y el helio, los gases más ligeros que se conocen. Estos gases se manifiestan a una distancia de doscientas millas de la tierra por los efectos de calórico en los meteoros que caen en su seno volviéndose luminosos en virtud del calor producido por la fricción.

(Concluirá en el próximo número).

Lea el Repertorio y recomiéndelo a sus amigos.

REPERTORIO AMERICANO

Revista de la prensa castellana y extranjera.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado decenalmente por

J. GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	¢	0-50
La serie mensual, 3 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración		1-25
Para el extranjero, el número suelto	$	0-15 oro am.
La serie anual (36 entregas)		4-50 » »
La página de avisos, por inserción		20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Imprenta y Librería Alsina.—San José, Costa Rica.